



ACTO SEGUNDO

El teatro representa el saloncillo y cuarto de vestir de Amelia. Estará decorado con gran lujo y coquetería. En las paredes, artísticos tapices y cuadros. El mueblaje, elegante y sencillo. A la izquierda, una puerta con amplias colgaduras, que da acceso al tocador de Amelia. Estas colgaduras se hallan corridas al empezarse la representación. A la derecha, una puerta que supone comunicar con el pasillo que conduce al escenario y a la sala. La escena estará sola al alzarse el telón. Inmediatamente después aparecen, por la puerta de la derecha, Pepita y González. Vestirá éste traje de etiqueta. Pepita, de baile.

ESCENA PRIMERA

PEPITA y GONZÁLEZ.

GONZÁLEZ (Restregándose las manos con satisfacción.) ¡Al pelo!... ¡Esto marcha al pelo!... Dos actos, dos exitazos. El tercero, ya lo estás viendo: llegará a las nubes. Nada, que acertó Rojas.

PEPITA En todo.

GONZÁLEZ (Con vanidad.) ¡No tendrá queja de la escenita que acabo de hacerle!

PEPITA Hombre, siquiera recuerda que la he representado contigo y di: «La escenita que acabamos de hacerle.»

GONZÁLEZ Bien; se la hemos hecho. ¿Qué más da? Tú y yo somos uno.

PEPITA Si no lo tomas a mal, somos cuatro; como quien dice un rigodón. La comedia es preciosa.

GONZÁLEZ ¡Qué aplauso me han dado en el mutis!

PEPITA Nos han dado.

GONZÁLEZ Nos han dado; ¡qué pesada te pones! Ahora, venga el diluvio. Sólo me quedan al final cuatro bocadillos.

PEPITA Diluvio habrá; de aplausos. Doña Amelia está colosal.

GONZÁLEZ ¡Cálculate!... Pelea por dos.

PEPITA Eso.

GONZÁLEZ Si no ha sido todavía, será. Bastaba verlos durante los ensayos. ¡Qué apartes tan... apartaditos, muchacha!

PEPITA Pues mira, creo que ni él ni ella hacen bien.

GONZÁLEZ ¿Por qué?

PEPITA Lo primero, porque son demasiada gente para aguantarse; lo segundo, porque ella gasta como una descosida y Rojas es pobre; lo tercero... ¡Vaya, que es una infamia engañar a criatura tan buena como Teresa Garcerán!

GONZÁLEZ ¿Quién no engaña en el mundo?

PEPITA ¡Pobre señora!... En el palco está, livida, nerviosa, botando en la silla a cada rumor, a cada aplauso que se escucha.

GONZÁLEZ También es simple la mujer. (Entran por la derecha Amelia, Andrea y Emilio. La primera, en traje de baile, con un boá o abrigo sobre los hombros que, apenas entrada en su cuarto, arrojará sobre una silla. Estará muy nerviosa y mostrando gran alegría. Emilio vestirá traje oscuro de americana y sombrero flexible u hongó. Expresará, con sus ademanes y gestos, preocupación y temor. Andrea atraviesa la escena, y levantando la cortina de la izquierda, que deja caer luego, entra en el tocador de Amelia.)

ESCENA II

AMELIA, PEPITA, EMILIO y GONZÁLEZ.

AMELIA (Volviéndose hacia Emilio, que ha quedado en la puerta de la derecha, escuchando y moviendo los la-

bios inconscientemente, como si rezara.) ¡Animo!
(Cogiéndole por un brazo y trayéndole a primer término.) ¡Quítese usted en seguida esa cara de sentenciado a muerte!... ¿Aun tiene usted miedo?

EMILIO ¡Espantoso!

GONZÁLEZ No hay razón. La comedia está en casa.
¿Se ha fijado usted en mi *mutis*?

EMILIO (Distraído.) Sí, sí, ¡admirable! Ha estado usted admirable. (A Pepita.) Y usted, admirable también. (A Amelia, con pasión y con gratitud.) A usted... A usted, Amelia, ¿qué decirle?

AMELIA ¡No, ¡por Dios! no me diga usted nada! En las noches de estreno, los autores no dicen, fuera de lo que dicen en escena, más que tonterías. A los actores nos ocurre lo propio. Tenemos el entendimiento y el corazón en otra parte: en el escenario. Allí estamos; allí estoy yo ahora toda entera, aguardando el instante de volver a verme con el público. Esta noche es nuestro; no tema usted. Le conozco. Cuando se entrega lo hace con candores de niño. También estoy nerviosa. ¡mire usted! (Cogiendo con sus manos las de Emilio.) Pero mi temblor es de alegría, de satisfacción, de esperanza...

EMILIO El mío, de susto.

PEPITA ¡Hombre!...

EMILIO ¡Ay!... Si el público supiera lo que sufre un autor la noche del estreno, no se silbaba una obra.

PEPITA Silbándose y todo, no hay español sin comedia debajo del brazo. ¡Si no las silbarán!... ¡¡Pobres directores de compañía, y pobres actores, y pobre público también!!

EMILIO Es un rato horrible. Esto de escribir comedia será arte inferior, como creen algunos, pero el miedo que pasamos los autores es superlativo.

GONZÁLEZ ¿Y nosotros?

EMILIO Ustedes es distinto. Nosotros tenemos que aguardar cruzados de brazos, con pasividad desesperante. Ustedes, no; ustedes salen al escenario, pelean con el público cuerpo a cuerpo. La lucha enardece.

AMELIA Verdad. Yo temo al público antes de salir a escena. Después, no. Cuando estamos frente a frente le desafío; aunque se irrite no me asusta. Sólo pienso, sólo quiero una cosa: domarle, esclavizarle, hacerle aplaudir. ¡Y esta noche vencemos en toda la línea! (Con pasión, en lo que se transparente la mujer enamorada.) ¡Nunca tuve más ansia de vencer!...

EMILIO ¡Amelia!... (Avanza hacia ella con actitud apasionada. De pronto se detiene, como prestando atención a lo que ocurre fuera, y vuelve hacia la puerta de la derecha, donde estará González.) ¿Eh? ¿Qué rumor es ese?... ¿Una protesta?...

GONZÁLEZ (Riendo.) No, hombre, un aplauso. Tranquilícese usted.

EMILIO (Luego de escuchar.) Sí; es un aplauso. ¡Un aplauso! (Respirando ancho, como quien se quita de encima veinte arrobas.)

GONZÁLEZ (Con envidia.) A Méndez.

AMELIA (Con sinceridad.) ¡Está insuperable!

GONZÁLEZ Su papel es una pera en dulce. Basta hablarlo. ¡Si tuviera las dificultades que el de usted!

EMILIO ¡Otro aplauso!...

PEPITA ¡Y los que han de venir!

EMILIO Tengo mucho miedo al final. (Entra Martoria por la derecha. Vestirá de frac.)

AMELIA (Con orgullo y arrogancia nobles y artísticos.) ¿Olvida usted que el final es mío?

MARTORIA Entonces, éxito indiscutible.

ESCENA III

AMELIA, PEPITA, EMILIO, MARTORIA y GONZÁLEZ.

- AMELIA (Tendiéndole la mano.) ¡Adulador!
- MARTORIA Éxito, y de los que hacen época. (A Rojas.) El público, entusiasmado. (A Amelia.) Cuando aparezca usted, el entusiasmo se convertirá en servidumbre, en adoración. (A Emilio.) Mi enhorabuena, amigo Rojas.
- EMILIO (Estrechando nerviosamente la mano de Martoria.) El final... el final... Esperemos hasta el final.
- PEPITA Voy a arreglarme un poco, que la escena mía se acerca. (Sale por la derecha.)
- GONZÁLEZ Y yo, al escenario. Tengo todavía una pasada. Cuatro o cinco palabras... En fin, se hará lo que se pueda. Hasta luego, y tranquilidad completa, don Emilio. (Dando un golpe cariñoso y casi protector en el hombro de Emilio. Sale por la derecha.)

ESCENA IV

AMELIA, EMILIO y MARTORIA.

- AMELIA (A Martoria.) ¿Ha dejado usted el palco antes de concluirse la obra?
- MARTORIA La conozco de varios ensayos y deseaba felicitarles. Además, no hago falta. (A Emilio.) Hoy no hacen falta los amigos. (Emilio no le oye, está distraído y con medio cuerpo fuera de la puerta derecha.)
- AMELIA (A Emilio.) ¡Dé usted las gracias, hombre!...
- EMILIO (Maquinalmente.) Muchas gracias.
- MARTORIA Mi ausencia es momentánea. Saldré al final, a tomar parte en la ovación, que va a ser estruendosa. (A Amelia.) ¡Qué

arrogante, qué altiva, qué dominadora ha estado usted en la escena con Méndez!... ¡Qué bravas salían las frases por su boca, y cómo chispeaban de cólera sus ojos, ahora dulces y hermosísimos siempre!... (A Emilio.) ¡Feliz usted, que, aunque sólo sea artísticamente, tiene dominio sobre este corazón y sobre este rostro, y le hace pasar, conforme a su gusto, del amor al odio, y de la alegría a la pena!... Envidia me causa. Diera cuanto poseo por lograr de Amelia lo que usted.

- AMELIA ¿Lograrlo?... No es difícil.
- MARTORIA ¿No?
- AMELIA Escriba usted una comedia y está lo grado.
- MARTORIA Me faltan condiciones. Si; es gran triunfo mover a voluntad los afectos de la mujer... artista; pero lo es mayor realizarlo con los de la mujer... mujer. ¿Verdad, Rojas? (A Rojas, que sigue en la puerta derecha, sin ocuparse de lo que sucede en escena.)
- EMILIO Indudablemente. ¡Va a empezar la escena entre Julia y Ernesto!...
- AMELIA (Picada.) Vaya usted a oirla. Está usted aquí como sobre ascuas. Vaya usted a oirla, que no me quedo sola. Martoria me acompañará.
- EMILIO Sí, voy, voy a escape. No podría vivir lejos del bastidor en estas últimas escenas. (Sale por la derecha. Breve pausa, durante la cual Amelia hace un gesto de despecho.)

ESCENA V

AMELIA y MARTORIA.

- MARTORIA ¿Se ha molestado usted con Rojas?
- AMELIA ¿Yo?
- MARTORIA Y le sobran motivos. A una mujer como

usted no debe dejársela nunca. Pronto empieza Emilio a ser ingrato.

AMELIA ¿Qué está usted diciendo?

MARTORIA Si yo mereciera de usted las distinciones que él merece, no la dejaría solá por todas las comedias del mundo.

AMELIA ¿No?

MARTORIA No; porque la pondría sobre todo; porque todos los instantes me parecerían pocos para adorarla; porque por una mujer como usted se sacrifica todo, la fortuna, la vida, cuanto más y más una comedia. Mal ama quien antepone su vanidad al objeto amado.

AMELIA ¡Tiene usted razón! Así se debe querer cuando se quiere y... (Reponiéndose.) ¡Seré necia!... En primer lugar, Rojas solamente es mi amigo, nada más que mi amigo... Y aun siendo más, fuera yo injusta incomodándome. ¿Enfadarme por lo que concluye de hacer? ¡Y esta noche! Ha hecho perfectamente.

MARTORIA No entiendo.

AMELIA Es natural. Usted no es artista. Para Emilio esta noche no existe, no puede, no debe existir en el mundo más que una cosa: su comedia.

MARTORIA (Con desdén.) ¿Su comedia?

AMELIA Sí, señor, su comedia. Con ella juega su reputación, su talento, su aureola de autor insigne. En ella está la victoria sobre sus rivales, los aplausos del público. Los aplausos del público son para nosotros lo primero.

MARTORIA ¿Primero que el amor también?

AMELIA También; porque en ellos, en esos aplausos conquistados, arrancados por fuerza, conseguidos a costa de nuestra sangre, de nuestra salud, de nuestra dicha muchas veces, está nuestra superioridad sobre las otras criaturas. ¿Usted se extraña de que Rojas me haya dejado por ir a

escuchar su comedia?... ¿Dejarme por acudir al escenario, por tocar el éxito de cerca, por no perder un rumor, un átomo de gloria?... ¡Claro!... ¿Qué va a hacer? Si no lo hubiese hecho, no sería artista. Yo lo dejaría todo, ¡todo! (Con entusiasmo y sinceridad.)

MARTORIA (Con desdén.) ¿Todo, por eso?

AMELIA Todo; porque *eso* es para nosotros el todo de todo. A no serlo, ¿cree usted que soportaríamos este vivir en continua batalla; esta inquietud, este recelo permanente de perder en una hora el puesto conquistado en años? Hizo bien marchándose con su comedia y dejándome. Si se hubiera quedado, no sería digno de su éxito.

MARTORIA Perdone usted si la ofendi.

AMELIA Ofenderme, no; sorprenderme.

MARTORIA ¿De qué?

AMELIA De que un hombre con su entendimiento no se dé cuenta de estas cosas.

MARTORIA En cambio, de otras me las doy.

AMELIA ¿De cuáles?

MARTORIA Del ingenio, de la hermosura, de la gracia de usted, que tienen sobre mí más imperio que las vanidades del éxito sobre Emilio.

AMELIA Vanidad es también la suya.

MARTORIA ¿La mía?

AMELIA No otra cosa que vanidad fuera para usted mi posesión. Y vanidad por vanidad, más noble es la del artista que pretende rendir a un público, que la del hombre que quiere rendir a una mujer.

MARTORIA No me juzgue usted de ese modo.

AMELIA Le juzgo como usted merece, sin regatearle sus méritos.

MARTORIA ¡Amelia! (Acercando su silla a la de Amelia.)

AMELIA (Suena un timbre sobre la puerta derecha.) Me avisan. ¡Andrea! (Andrea descorre las cortinas que comunican con el tocador y entra en escena.)

ESCENA VI

AMELIA, ANDREA, MARTORIA. Al final, ANTONIO

ANDREA ¿Señorita?
 AMELIA ¡Pronto!... ¡El abrigo!... ¡Los guantes!... (Andrea entra en el tocador y saca de él las prendas que ha pedido Amelia.—A Andrea.) ¡Date prisa, mujer! (A Martoria.) Esta es la escena... ¡la gran escena, amigo mío!... No deje usted de oírlo. Rojas ha volcado en ella su inspiración. (Vuelve a sonar el timbre.) ¿Ve usted? lo que hablábamos. Dentro de unos segundos, cuando empiece la escena, se puede venir abajo el universo. No me enteraría. (Con creciente curiosidad.) Vaya usted, vaya usted a verme. (Entra Antonio por la derecha.)

ANTONIO Eso va bien.
 AMELIA ¿Abandona usted al autor?
 ANTONIO ¡Si no me hace caso! ¿Para qué estar al lado suyo? A la sala no entro; tengo más miedo que él.

AMELIA (Que ha terminado de ponerse los guantes.) ¡Andando!

ANTONIO Buena suerte y valor.
 AMELIA Valor no falta, maestro. Suerte... (Con arrogancia y valentía.) ¡Bah! La suerte es compañera inseparable del valor. (Sale por la derecha seguida de Andrea.)

ESCENA VII

ANTONIO y MARTORIA

ANTONIO ¡Qué arrogante, qué gallarda va!
 MARTORIA ¡Encantadora!
 ANTONIO Distingamos. Yo hablo de la artista, usted, de la mujer. (En broma.)
 MARTORIA Yo, por la mujer haría disparates.

ANTONIO No lo dudo.
 MARTORIA Dinero, peligros, rivalidades... ¿Qué no arriesgaría yo por ella?
 ANTONIO ¡Sí, está usted muy metido!
 MARTORIA Hasta el cuello. ¡Me tiene loco! ¡Qué ojos!... ¡qué boca!... ¡qué garganta!... ¡qué...!

ANTONIO No siga usted modelando, duque.
 MARTORIA Y luego, por si su hermosura no bastara, es la actriz a la moda.

ANTONIO Una hembra completa. De molde para llenar los dos grandes amores de usted: el amor de la belleza femenina, y... el amor propio.

MARTORIA Méndez...
 ANTONIO No quiero ofenderle. Le estimo muy de veras y hay entre nosotros suficiente amistad para que hablemos claro.

MARTORIA Ciertamente.
 ANTONIO ¿De modo que loco por Amelia?
 MARTORIA De remate. Si exigiera mi fortuna, no dudaría en tirarla a sus pies.

ANTONIO ¿Si le pidiese a usted la existencia?
 MARTORIA La expondría sin vacilaciones... procurando defenderla lo mejor posible.

ANTONIO ¿Y si tuviera usted que jugar su prestigio, su nombre?
 MARTORIA Eso no se arriesga más que por una mujer: por la propia. No pienso casarme.

ANTONIO ¡Ya!
 MARTORIA Amelia está hecha para enloquecer con su hermosura; para que uno pelee por ella contra todos y contra todo; para dejarse arruinar por un gesto, por un capricho suyo, con tal de decir al mundo: «Esta criatura deliciosa, de rostro divino, de cuerpo más divino que el rostro, esta mujer que seduce a los hombres con su figura y a los públicos con su genio, me pertenece; durará lo que dure, pero hoy me pertenece. Si no soy su amo, soy su amante.» Por poder decir esto, estoy

- pronto, siempre, a poner mis caudales frente a la pluma de un usurero y mi corazón frente al hierro de un espadachín.
- ANTONIO ¿Y si se arruinase usted o le mataran?
- MARTORIA ¿Si me arruinase o me mataran? Bien valdría ello la satisfacción de haberla poseído.
- ANTONIO Ese es usted. Tampoco Amelia se resignaría a perder la independencia, aunque le pusieran sobre la cabeza todas las coronas del orbe.
- MARTORIA ¿No?
- ANTONIO Tiene ella corona mejor. La de artista. Esas coronas son de laurel, y ni corren el peligro de empeñarse, porque las coronas de laurel no se admiten en las casas de préstamos, ni el de envilecerse en manos de herederos, porque esas coronas no se heredan.
- MARTORIA Las nuestras, sí. No son bienes en propiedad; lo son en usufructo: por eso hay que cuidarlas.
- ANTONIO Vale usted más que lo que la gente supone.
- MARTORIA De ahí que goce la estimación de usted.
- ANTONIO ¿Y qué?... ¿Se hace camino?
- MARTORIA Como los cangrejos. Priva Rojas.
- ANTONIO ¿Usted cree?...
- MARTORIA Lo afirmo.
- ANTONIO En tal caso...
- MARTORIA No pierdo la esperanza. Hoy es hoy... Mañana... Rojas tiene genio. Yo tengo mi fortuna y mi nombre. No me doy por vencido. Ella es caprichosa. Por dinero, materialmente por dinero, no se rendiría. Vale mucho para comprada. Pero, lo dije antes: es caprichosa y es independiente. Hay caprichos muy caros, y hay independencias también muy caras. Esperaré.
- ANTONIO Ojalá espere usted poco.
- MARTORIA ¿Habla así el amigo de Emilio?

- ANTONIO Precisamente porque lo soy.
- MARTORIA ¡Pobre Teresa!
- ANTONIO ¿La compadece usted?
- MARTORIA Es buena y noble. Merecedora de todos los respetos, aun después de su caída.
- ANTONIO Quizá lo sea más desde entonces.
- MARTORIA Quizás. (Dirigiéndose hacia la puerta de la derecha.) ¡Qué modo de aplaudir!... (Entra Peñagrís por la derecha, con el gabán puesto y vestido de frac.)

ESCENA VIII

ANTONIO, MARTORIA y PEÑAGRÍS.

- PEÑAGRÍS ¿A quién aplauden?
- MARTORIA ¡Buena está la pregunta! Al autor y a la actriz.
- PEÑAGRÍS Ah, sí, el estreno. ¿Y qué? ¿Va bien? ¿Va bien?
- MARTORIA ¿No me dijiste en el club que ibas a venir desde el primer acto? ¿De dónde sales?
- PEÑAGRÍS De la Viña P.
- MARTORIA ¿Cómo?
- PEÑAGRÍS Verás... Yo venía. ¡Poco estimo a Rojas y a Amelia! Figúrate si vendría con gusto. De pronto, ¡paff! la Antonia, que se da un pechugón conmigo frente al mismísimo escaparate. «—¡Hola, tú! —¡Hola, tú!... —¿Dónde vas? —Yo —dice ella— a comer. —Yo —digo yo— al teatro.» En el escaparate había unas ostras que estaban diciendo: «Embauladme.» Conque va Antonia y me pregunta: «—¿Me pagas unas ostras? —Bueno» respondo yo. Aun era temprano. Total: que entramos en la Viña; que Antonia se comió tres docenas de ostras; que, concluidas las ostras, quiso comer de todo; que yo, por no dejarla sola, y por no mirarla comer mano sobre

mano, pedí una botella de cognac. Entre comer, beber y otras frioleras, se nos marchó el tiempo. Ya estoy en el teatro, y aplaudiré como el que más. ¡Así como así, tengo yo poca afición al arte!... ¡Oh, el arte!... ¡El arte!... ¡No me toquen ustedes el arte!

MARTORIA ¡Bravo, chico! ¿Y tu hija?

PEÑAGRÍS No lo sé. Calculo que estará en el teatro. ¿De modo que la comedia, *súper*?

ANTONIO Acérquese y oirá los aplausos. (Escuchando.) Ahora suenan más apagados, pero más nutridos.

PEÑAGRÍS Habrá caído el telón y empezará la apoteosis.

MARTORIA ¡Y no he ido a ver a Amelia en la última escena!

ANTONIO Voy, voy, quiero disfrutar el éxito de Emilio. (Sale por la derecha.)

MARTORIA Si ha debido terminar el acto. (Entran por la derecha, en cuanto sale Antonio, González, y a seguida, Pepita.)

ESCENA IX

MARTORIA, PEÑAGRÍS, GONZÁLEZ. A seguida, PEPITA.

GONZÁLEZ ¡Vaya una ovación! (Entra Pepita.)

PEPITA ¡Cómo ha estado esa mujer!... No cabe más. Es una leona.

GONZÁLEZ Van a salir hasta que amanezca. ¡Qué obra! ¡Qué actrizaza!

MARTORIA ¿Y el público?

GONZÁLEZ Loco. Vale decir que hemos puesto el alma. Vayan ustedes, vayan ustedes, que llegarán a tiempo. Hay ovación para media hora. Es un espectáculo imponente. «¡Los dos! ¡Los dos!», gritó el público después de la primera salida. Y allí están los dos, en el escenario; el telón sube que te sube y baja que te baja, entre aplau-

sos, y Rojas y Amelia a punto de quedarse sordos. Vayan ustedes, vayan ustedes y verán.

MARTORIA (A Peñagrís.) ¿Vienes tú?

PEÑAGRÍS No faltaba otra cosa. Estamos en el palco en cuatro zancadas. ¡Hala! Aplaudiré como un alabardero. Ya lo saben Rojas y Amelia, soy incondicional, ¡incondicional!... (Salen por la derecha Martoria y Peñagrís, repitiendo este "incondicional" hasta que desaparecen.)

ESCENA X

PEPITA y GONZÁLEZ. Al final, ANDREA.

GONZÁLEZ ¡Los dos!... ¡Los dos!... También el público es olvidadizo. Ya no se acuerda de mi *mutis*. En fin, que se atraquen de gloria. Méndez ha debido morderse al oír eso de ¡los dos! Me alegro. ¡Que se chinche! No es envidia, ¿eh? ¿Envidia yo? ¿Por qué? En mi género pongo el mingo.

PEPITA Ponte otra ropa, que has de trabajar en la pieza; también trabajo yo. (Se dirige a la puerta derecha; al llegar a ella vuelve.) Suben.

GONZÁLEZ ¿Quién?

PEPITA Ella y él; ¡los dos!

GONZÁLEZ Pues largo. Querrán estar un momento solitos.

PEPITA ¿Para qué?

GONZÁLEZ Para repetir con más tranquilidad el abrazo que se dieron al caer el telón.

PEPITA Abrazo honrado, artístico...

GONZÁLEZ Déjalo en artístico. (Se dirigen hacia la derecha, cediendo el paso a Andrea, que entra por ella.)

ANDREA ¡El delirio! Creí que no concluían de salir. (González y Pepita salen de escena. Andrea se dirige al tocador y corre las cortinas, a tiempo que entran por la puerta derecha Amelia y Emilio. Este pá-

32782

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1825 MONTERREY, MEXICO

lido, emocionado, ella, pálida y emocionada también, apoyándose en el brazo de Emilio.)

ESCENA XI

AMELIA y EMILIO.

AMELIA ¿Sigue el miedo?
 EMILIO ¡Miedo! Alegría infinita, inmensa. ¡Tengo el espíritu rendido! (Dejándose caer en una butaca.)

AMELIA Y yo, rotos los nervios. (Dejándose caer también en otra butaca al lado de Emilio.)

EMILIO Déjeme usted darle una y mil veces gracias. (Cogiendo las manos de Amelia entre las suyas, con pasión de hombre y entusiasmo de artista.)
 ¡Ay, Amelia!... ¡Amelia!... Cuando soñé esta obra, cuando vi alzarse dentro de mi cerebro la hembra generosa y valiente en torno de la cual debía girar todo el drama, no llegué con mis sueños donde ha llegado usted con su inspiración.
 ¡Emilio!

AMELIA No es galantería, verdad es. Nunca he visto un alma y unos nervios vibrar tan intensa, tan hondamente. Nunca vi a nadie asimilarse al personaje de una ficción poética y hacerlo carne viva como lo ha hecho usted. Gestos, actitudes, entonación... Ha sido usted la realidad misma.

AMELIA ¿Cómo no? La realidad vive en el personaje y se lo hace a una vivir por entero. Estoy viviéndolo desde que me leyó usted el drama.

EMILIO ¡Y yo!... ¡Yo pensé en usted al escribirlo! Usted guiaba mi pluma sobre las cuartillas. A cada párrafo concluido, la veía apoderarse de él para transformarlo en oleadas de sangre joven, en sacudidas de nervios sin domar, para transmitirlo a la gente con los mirares apasionados

de sus ojos, con los ademanes altivos de su cuerpo, con los musicales acentos de su voz..., con usted toda entera, puesta, por bondad de su espíritu, al servicio de mis pobres sueños de gloria.

AMELIA Por bondad, no; porque el personaje y —¿a qué no decírselo a usted?— el poeta que le dió forma se me entraron en el corazón. A un tiempo se enseñorearon de mí las pasiones sentidas por ese personaje y las ansias sentidas por usted. Durante estos últimos días, yo no he sido yo, he sido *ella*, y he sido, si no usted mismo, un reflejo de usted y de sus anhelos y esperanzas. Por eso, cuando cayó el telón, me dirigí a usted y le dije: ¡Hemos triunfado! ¡Hemos triunfado!... ¡Qué hermoso abrazo el nuestro! ¡De artistas, de compañeros que fueron juntos al combate y se saludan después de la victoria!...

EMILIO ¿Sólo eso era su abrazo? ¿Sólo abrazaba la artista al artista? ¿Y la mujer al hombre?...

AMELIA ¡Emilio!...

EMILIO ¿No había en aquel abrazo algo así como el resumen de nuestras conversaciones en voz baja, de nuestras confidencias? ¿Es sólo a la gran actriz a quien debo y ofrezco mi gloria?... No voy a hallar mujer a quien ofrecérsela.

AMELIA ¿Mujer? Dentro de poco entrará aquí Teresa.

EMILIO ¡Teresa!... Sabe usted que no es con ella con quien deseo compartir este triunfo, todos mis triunfos: es con usted. ¿Juntos lo alcanzamos? Ley de justicia, de amor, será que también lo disfrutemos juntos

AMELIA ¡Emilio!... (Con apasionada confusión.)

EMILIO ¡Contésteme usted!... (Se escucha fuera rumor de pasos y de voces.)

AMELIA Viene gente. Es el epílogo del éxito. (Hay coquetería.) ¡Hay que resignarse! (Entra, por la puerta de la derecha, Antonio, y a continuación de él, Nuevalos. Peñagrís y ocho o diez individuos, vestidos unos de levita, otros de frac, de americana alguno; procúrese que esta escena dé idea del aspecto que ofrecen los saloncillos de teatros después de un éxito. Los personajes secundarios pueden entrar, salir, renovarse, en una palabra; unos abrazarán a Emilio, otros estrecharán su mano o la de Amelia; cuáles hablarán aparte... En fin, ya está dicho: el saloncillo de un teatro después de un éxito.)

ESCENA XII

AMELIA, ANTONIO, NUEVALOS, PEÑAGRÍS, PERSONAJES 1.º, 2.º, 3.º y 4.º y personajes diversos. Al final, GONZÁLEZ, vestido y caracterizado de chulo.

ANTONIO ¡Aquí están los héroes! Un abrazo. (A Emilio, abrazándole con efusión. Empieza a entrar gente, saludando a Emilio y a Amelia.)

NUEVALOS (A Amelia.) ¡Muy bien! ¡Muy bien! ¡Es usted una fiera!

PEÑAGRÍS ¡Qué obra!... ¡Qué obra! ¿eh? (Dirigiéndose al personaje primero, un sietemesino muy peripuesto.) (¿A ti, qué te parece?)

PERSO. I (Hombre, yo he aplaudido; pero hasta ver qué dicen mañana los periódicos, no tengo opinión.)

ANTONIO (Estrechando con efusión la mano de Amelia.) No la he visto a usted. Tenía miedo de estar en la sala. ¡Si querré a este hombre que he temblado por él, yo que casi nunca tiemblo por mí! De todos modos, mi enhorabuena más cordial.

AMELIA Muchas gracias, Antonio.

PEÑAGRÍS (A Emilio.) ¡Muy bien! ¡Muy bien! ¡Quién pudiera ser como usted, que tiene la suerte de tropezar con esas ideas.

PERSO. 2 (Muchacho joven, vestido de americana, a Personaje

tercero, que viste de frac.) Este señor cree que las ideas son como los premios de la lotería y que entran en sorteo.

PERSO. 3 La comedia es hermosa.

PERSO. 4 (Acercándose a los Personajes segundo y tercero.) Sí, tiene mérito, mérito relativo, naturalmente. Hay que descontar la interpretación. El final es muy espinoso. ¡Luego, el autor olvida lo que exige el culto de la escena!... ¡El carácter sagrado de la madre!... ¡Una madre siempre es una madre!

ANTONIO (A Personaje segundo.) Y un necio, un necio. No tiene vuelta de hoja. (Entra González.)

GONZÁLEZ (Dirigiéndose a Emilio, en torno del cual se habrá formado un grupo, como en torno de Amelia.) ¿Dónde está?... ¿Dónde está?... ¡Despampanante, don Emilio, despampanante! ¡Bravo, doña Amelia! Habrá que leer la prensa, mañana. (Dirigiéndose hacia el Personaje segundo.) ¿Le ha gustado a usted la interpretación?

PERSO. 2 ¡Mucho!

GONZÁLEZ De suerte que mañana el periódico...

PERSO. 2 No echaré en olvido su mutis.

GONZÁLEZ Gracias, Hurtado, muchas gracias. (A Antonio, a quien se dirige después de despedirse del Personaje segundo.) Es el primer crítico de España. (Aparecen, en la primera puerta derecha, la Peñagrís, la Nuevalos y Teresa. Algunos personajes se habrán retirado, otros entrarán saludando a Emilio, a quien abruma con abrazos y apretones de manos Amelia, al ver a las señoras, se levanta y se dirige a ellas.)

ESCENA XIII

Dichos, LA NUEVALOS, LA PEÑAGRÍS y TERESA.

AMELIA ¡Adelante, señoras!

LA PEÑA. (Abrazando y besando a Amelia.) ¡Olé, maestra!

Eso es entrar corto y derecho. (Se dirige hacia Rojas mientras la Nuevalos saluda a Amelia. A Rojas.) ¡Superior! (Alargándole la mano.) Choque el hombre.

LA NUE. (A Amelia. Mirando y remirando el vestido que lleva puesto.) ¡Elegantísima! ¡Elegantísima!

AMELIA. ¿Quién le ha hecho a usted el traje?

¡Ah! ¿Es el traje lo que admira usted? Me lo ha hecho mi modisto. (Se dirige a Teresa, que ha permanecido en un extremo de la sala, luego de saludar y ser saludada con la mano a Emilio y por Emilio.) ¿Qué hace usted ahí arrinconada? (Dándole la mano.) ¿Tiembla? Cierro que el rato no ha sido para menos.

TERESA. (Emocionada.) No, no vuelvo más. (Sonriendo.) Por supuesto, siempre digo lo mismo, y después no me puedo quedar en casa. ¡Qué angustias, desde que el telón se levanta hasta que cae por última vez! He ido siguiéndoles a ustedes palabra tras palabra con los dedos clavados en la barandilla del palco. A cada rumor se hundían mis uñas en el terciopelo; a cada aplauso me ponía en pie. ¡Qué sufrir tan sin tregua! Los guantes, mírelos usted, rotos de morderlos. En fin, ¡ya triunfó!

AMELIA. Vamos, siéntense ustedes. Charlaremos mientras cambio de ropa. (Entra en el tocador.)

PERSO. 1. (A Emilio.) Repito mis plácemes. (Despidiéndose.)

PERSO. 2. (Idem.) Esté usted seguro de que, aun siendo, como somos, compañeros de oficio, es sincera mi felicitación.

EMILIO. Vale usted mucho para envidioso. (Los Personajes primero y segundo se retiran, acompañados del tercero y cuarto, que se despiden de Emilio. Los otros personajes han ido saliendo durante el diálogo anterior y conforme a las indicaciones que tenga por conveniente hacer el director de escena.)

LA NUE. (A González.) ¡Qué gracioso... pero qué gracioso ha estado usted!

GONZÁLEZ. En la pieza tengo una escena que es la mar. ¿Saldrá usted al público?

LA NUE. Indudablemente.

LA PEÑA. (A Antonio.) ¿Qué papel hace González en la pieza?

ANTONIO. ¿No lo ve usted? Un chulo.

LA PEÑA. Si es necia mi pregunta. ¡No hay más que mirarle! Está usted muy en carácter, muy propio.

GONZÁLEZ. Voy a empezar. (Sale.)

LA NUE. (A su marido.) ¿Me acompañas al palco?

NUEVALOS. Con mucho gusto. (A González y Antonio.) Hasta pronto. Vuelvo en seguida.

LA NUE. Amelia, mis plácemes.

AMELIA. (Desde dentro.) Gracias, Carmen, gracias. (González ha salido ya por la derecha. Salen también la Nuevalos y Nuevalos.)

PEÑAGRÍS. Salgo con ustedes. (A su hija.) Si quieres que te acompañe, ya sabes, en la cantina estoy. (Vase.)

ESCENA XIV

TERESA, LA PEÑAGRÍS, ANTONIO y EMILIO. Al comenzar esta escena, la Peñagrís ha tomado asiento en el extremo opuesto al sitio que Teresa ocupa en el saloncillo. Emilio, que ha estado hablando con Antonio, se dirige donde está Teresa y toma asiento al lado suyo. Antonio lo hace junto a la Peñagrís.

TERESA. (A Emilio.) Creí que no iban a dejarte solo. ¡Cuánta pesadez!...

EMILIO. Hay que agradecerlo. Ellos son los que me hacen triunfar.

TERESA. Debían ser más considerados y pensar que hay en este saloncito una criatura con mejor derecho que nadie para coger tus manos en las suyas y decirte: ¡Qué feliz soy, Emilio!

EMILIO. ¡Como yo!... ¿Qué te ha parecido la comedia?

TERESA ¿A mí?... ¿Pues no es tuya? (Siguen hablando.)

LA PEÑA. (A Antonio.) ¡Sujetarme yo a un hombre!... ¡Cómo no, morena!

ANTONIO Moreno.

LA PEÑA. Bien, hombre, es un decir. ¡Sujetarme! ¡Así que ustedes lo merecen!

TERESA ¡Qué final tan hermoso!

ANTONIO ¿No lo merecemos?

LA PEÑA. ¡Ahí tiene usted a su amiguito! Valiente charrán. ¡Hacer lo que hace con Teresa! También Amelia se las trae. Eso no es ser buena.

ANTONIO ¿Es usted quien habla?

LA PEÑA. Yo; no se extrañe usted; ahora no hablo, siento. Para sentir tengo otro diccionario.

ANTONIO ¡Eh! (Mirando a la Peñagrís con admirable sorpresa.)

TERESA ¿Me acompañarás?

EMILIO ¡Imposible!... Me pertenezco a los amigos.

TERESA ¡Los amigos! ¡Y a Amelia también!... Todos antes que yo. ¡Y esta noche!

EMILIO ¡No seas niña!

LA PEÑA. (A Antonio.) ¿No le parece a usted que estorbamos? (Por Teresa y Emilio. Se levanta y entreabre las cortinas del tocador.) Vaya, aquí me cuelo.

AMELIA ¡Adelante!

ANTONIO (A Teresa y Emilio.) Voy a saludar a Méndez. (Sale por la puerta derecha.)

ESCENA XV

TERESA, EMILIO, LA PEÑAGRÍS y AMELIA (dentro). Al final, MARTORIA.

TERESA ¡No me dejes ir sola!

EMILIO (Impaciente.) ¡Vuelta! Te repito que es imposible.

TERESA (Con celosa amargura.) Imposible, dejarla.

EMILIO ¿Empiezas con tus celos ridículos? Amelia y yo nos tratamos con la intimidad con que se tratan los artistas; no tengo con ella otro género de relaciones. ¡No seas majadera, mujer! (Cariñosamente, cogiendo entre las manos suyas las de Teresa.) ¿Vas a dudar de mí?

TERESA (Con cariño.) ¡Emilio!... (Emilio y Teresa estarán de espaldas al tocador, por entre las cortinas del cual asoma Amelia la cabeza, contemplando a Teresa y Emilio, y oyendo las palabras que siguen.)

EMILIO Terminaré lo antes posible y en seguida a tu casa.

TERESA ¿Irás luego? (Con ansiedad.)

EMILIO ¡Pues no faltaba más! (Amelia hace un gesto de despecho y se retira de entre las cortinas.)

AMELIA (Dentro.) ¡Qué hombre tan simpático es Martoria! (Emilio, al oír esto, hace un gesto de ira y vuelve la cabeza hacia el tocador, observado celosamente por Teresa.)

LA PEÑA. (Dentro.) Y ciego por usted.

AMELIA ¡No será tanto! ¡Qué caballeroso! ¡Qué cortés! (Emilio sigue el diálogo como artes.)

TERESA (A Emilio.) ¡Júrame que vendrás!

EMILIO (Con aspereza.) ¡Cuántas veces voy a jurarlo! (Entra Martoria por la derecha.)

ESCENA XVI

Dichos, MARTORIA. Luego, ANTONIO.

MARTORIA (A Emilio.) No por ser la última es la menos entusiasta mi felicitación. (A Teresa.) También tú la mereces. (Por Amelia.) Y ese prodigio, ¿dónde está? (Amelia sale del tocador, seguida por la Peñagrís, y vistiendo un sencillo traje.)

AMELIA ¡Aquí, amigo mío!

MARTORIA ¡Sublime! Todos los elogios valdrían poco.

- AMELIA No viniendo de usted.
 TERESA (Levantándose. A la Peñagrís.) ¿Vamos? (Entra Antonio por la derecha.)
 LA PEÑA. Cuando gustes.
 ANTONIO ¿Acompaño a ustedes?
 LA PEÑA. No hace falta. Nos espera papá.
 TERESA (Con sequedad cortés.) Adiós, Amelia.
 AMELIA (Idem.) Adiós, Teresa. (A la Peñagrís.) Hasta siempre, diablillo.
 LA PEÑA. ¿Diablillo?... Sí, eso soy: un diablillo insignificante, como si dijéramos un diablo raro. ¡Qué ganas tengo de ascender!...
 ANTONIO ¡Es una golfilla encantadora! (Sale por la derecha Teresa y la Peñagrís.)

ESCENA XVII

AMELIA, ANTONIO, MARTORIA, EMILIO. Al final, ANDREA.

- AMELIA (A Martoria.) ¿Qué le he parecido a usted en la última escena?
 MARTORIA Perdóneme usted. Llegué tarde.
 AMELIA ¡Ah, pecador! ¡Tenía yo gran empeño en que me la escuchase usted!... O viene a escucharla mañana, o se concluyó la amistad.
 MARTORIA ¿Mañana?... Todos los días vendré yo. (Siguen hablando.)
 EMILIO (Bajo a Antonio.) ¿Qué le pasa?
 ANTONIO (Idem a Emilio.) Tú lo sabrás; los espolazos van contigo.
 MARTORIA ¿No es broma? ¿Quiere usted que venga?
 AMELIA Mientras la obra dure. Es la penitencia que le impongo. (Se aparta de Martoria y se dirige donde está Emilio.)
 ANTONIO (Dirigiéndose a Martoria.) No habrá penitente mejor. (Hablan Martoria y Antonio.)
 EMILIO (Bajo a Amelia.) ¿Por qué me tortura usted con tanta crueldad?

- AMELIA ¿Yo?... ¿Qué hago?
 EMILIO ¡Y lo pregunta! ¡Y habla a Martoria como le ha hablado delante de mí, del hombre que cifra su existencia en el amor de usted.
 AMELIA Está soñando y cree que habla con Teresa. Despierte, hombre, despierte, soy yo.
 EMILIO ¿Teresa?
 AMELIA Ese es el amor suyo. Esa la que le espera luego.
 EMILIO ¿A mí?
 AMELIA Usted se lo ha ofrecido. Lo he escuchado yo.
 EMILIO Un pretexto. Decir «luego» es, muchas veces, decir «nunca». No iré.
 AMELIA Sería menester probarlo.
 EMILIO ¿Cómo? Ordene.
 AMELIA ¿Cómo?... (Alto a todos.) Esta noche no hay te, señores. Estoy rendida; necesito retirarme pronto. Ustedes me dispensarán.
 MARTORIA Dispensarla, no; obedecerla. (Inclinándose. Antonio y Emilio se levantan en actitud de despedida.)
 EMILIO Amelia... (En actitud de despedida también. Sale Andrea del tocador con un abrigo que deja encima de una butaca.)
 AMELIA (A Emilio.) No; usted no se vaya aún. Tengo que consultarle... a propósito de mi papel.
 MARTORIA (Bajo.) ¡Ah! (Salen Martoria y Antonio por la derecha.)
 EMILIO ¡Amelia!... (Con pasión.)
 AMELIA (A Andrea.) Avisa el carruaje. (Sale Andrea por la derecha.)

ESCENA XVIII

AMELIA y EMILIO.

- AMELIA ¿Conque irá luego?
 EMILIO No; yo no puedo apartarme de usted.

¿Faltaba algo para unirnos? Ese algo ha sido el aplauso del público envolviéndonos en una tempestad de gloria.

AMELIA
EMILIO

¿No irá usted?

No, Amelia, se lo juro; no iré; no quiero ir.

AMELIA

Es que tampoco yo quiero que vaya, que comparta con nadie la victoria que hemos ganado juntos.

EMILIO

No iré. ¡ Sólo tuyo, Amelia !

AMELIA

¿ Sólo ?

EMILIO

¡ Sólo y para ti sola !

AMELIA

(Avanzando hacia él y apoyando sus manos en los hombros de Emilio.) ¡ Entonces, rey y señor, dispón de tu esclava ! (Deja caer la cabeza en el hombro de Emilio.)

TELÓN

FIN DEL ACTO SEGUNDO



ACTO TERCERO

El teatro representa una habitación central de un hotel, decorada con lujo. A la derecha, en primer término, una mesa escritorio con todos los accesorios propios a ella. A la izquierda, en primer término también, un diván. El resto del mueblaje, apropiado a la decoración. Al fondo, una puerta grande que comunicará con un corredor ancho y perfectamente visible. Una puertecilla de comunicación practicable a la derecha y otra semejante a la izquierda. Supónese que ocurre la escena en San Sebastián, durante la temporada de verano y en la época en que es mayor y más distinguida la concurrencia. Al levantarse el telón aparece en escena un criado del hotel, retirando de un veladorcito un servicio de te. Inmediatamente se abre la puertecilla de comunicación de la derecha, dando paso a Andrea.

ESCENA PRIMERA

ANDREA, EL CRIADO. Al final, PEPITA.

ANDREA ¿ Engancharon ya ?
CRIADO Creo que sí.
ANDREA Averígüelo usted y avise ; la señora se está acabando de vestir.
CRIADO En seguida. (Se dirige hacia la puerta del fondo por la que entra Pepita en traje de mañana.)
PEPITA Buenos días. ¿ Está visible doña Amelia ?
 (A Andrea.)
CRIADO Con permiso. (Sale por el fondo.)

ESCENA II

ANDREA y PEPITA.

ANDREA Como visible, sí lo está. Ahora, que haría usted mejor no viéndola.